

La velocidad de actuación de esta paciente imposibilita el examen de su caso. Ella actuaba primero y preguntaba después. Todo fue impulsivo: la relación con el amante, el embarazo y el aborto. A su urgencia de abortar se respondió ella misma con una rápida e impulsiva actuación: buscaba el camino drástico, el alivio inmediato. Algo se logró, sin embargo: nació en ella la curiosidad por examinar su meteorológica conducta y entabló consigo misma un honrado diálogo analítico sobre el tema del embarazo y el aborto: "Por lo visto, una madre no siempre quiere a sus hijos. ¿Qué hace entonces? Hace lo posible por huir o protegerse de ellos. ¿Y si de casualidad queda embarazada? Entonces se deshace del hijo. Y cuando no se deshace de él, ¿qué quiere decir? Quiere decir que lo desea, que las ganas de conservarlo han triunfado sobre las ganas de eliminarlo... Ahora lo veo: este embarazo que he tenido y este aborto eran una pregunta: ¿me quiso mi madre?, y la respuesta es sí. Mi madre tuvo muchos abortos, pero al llegar mi turno hizo en mi favor una excepción: aguantó nueve meses, ¡y aquí estoy!"

Lo que presento no es un caso exitoso de análisis, sino un modelo de buena indagación psicoanalítica. Todo en esa paciente, como ya he dicho, fue maníaco. Incluso su abandono del tratamiento equivale a un aborto impulsivo. Pero su duda más torturante, la que la llevaba de hombre en hombre como de interrogación en interrogación, tuvo una respuesta, cuyo núcleo era su propia madre. Nuestra paciente dejó de ser así una niña voluble: es ahora una mujer sin ritmo maníaco y sin promiscuidades, que pondera las cosas con prudencia. Las conclusiones a que llegó acerca de su propia génesis la llevaron a enamorarse "en serio" y a casarse. Han pasado siete años, y sigue casada con el mismo hombre: tiene dos hijos y su vida funciona aceptablemente.

Los conflictos preconceptivos ambivalentes, incorporados al psiquismo por la identificación con la madre, se repitieron a través de las actuaciones impulsivas, tal como la "situación idílica" se repitió mediante la búsqueda de marido y de hijos. La reparación y el retoque son evidentes. Jean Paul Sartre nos dice de Genet, el genial granuja-dramaturgo, que se vio forzado a inventarse toda una vida. A nuestra paciente le bastó con rescatar las partes buenas de la suya real. (Conozco a otro dramaturgo que, menos enfermo que Genet, se contenta con inventar pedacitos de vida: cuentos que se cuenta a sí mismo a la hora de dormir, para arrullarse. Los padres de este hombre fueron actores; le dejaban solo cada noche para ir a contarles cuentos a insomnes niños adultos en el teatro, de manera que él tuvo que crearse unos padres

imaginarios que lo arrullaban con relatos fascinantes. Su venganza es sencilla: escribe sus cuentos y estos son interpretados por actrices que en las noches están a su vez en el teatro y no junto a la cuna de sus hijos...).

Sin tiempo para hablar, como quisiera, del pánico procreativo, de la urgencia indagatoria y del miedo a la incursión en momentos de gestación; sin tiempo, tampoco, para decir lo que significa la barrera abortiva de la comunidad humana, lo único que haré será enunciar lo que yo llamaría *principio de la completación*. La soltería institucional, la homosexualidad de hombres y mujeres y las distintas formas de esterilidad son la *completación* abortiva (filicida, humanicida) de los padres. Las fantasías íntimas de los padres, por hostiles e inconfesables que sean, se comunican a través de percepciones inconscientes, de tal manera que el hijo llega a ser la extensión y completación de las fantasías paterno-maternas. Este *principio de completación* está implícito en el caso de Isabel.

#### HISTORIA DE ISABEL

Isabel inicia su tratamiento conmigo en 1960, con un cuadro de migraña y úlcera. Es la mayor de cinco hermanos, presenta todas las características de los hiperresponsables: \* es una gran cargadora de fardos culpígenos. (Ocasionalmente se desquita con pequeños rasgos psicopáticos, sobre todo cleptomaniacos). Sus padres son franco-canadienses: él, geólogo, calvinista, meticoloso, con obsesión de justicia; ella, histérica con núcleos fóbicos, retentiva y dominante a su modo, celosa de los éxitos del marido. Contra lo que yo hubiera podido suponer, en vista de mis investigaciones sobre padres hiperresponsables, la madre de Isabel no tiene historia de abortos, aunque los dieciséis años de intervalo entre sus dos últimos hijos permitiría sospecharlos. (La hermana menor de Isabel, por cierto, es una drogadicta, casada, con tres hijos y dos abortos).

Isabel conoció a su marido en círculos culturales y diplomáticos. Ha habido en su vida tres abortos y un legrado. A éste fue acompañada por su madre, la cual pensaba que una hija era suficiente. Isabel, en efecto, tiene una sola hija. (Poco después de iniciado el tratamiento hay un nuevo embarazo, seguido de aborto a los tres meses).

\* Originalmente los llamé "superresponsables", pero mi distinguido corrector de estilo, Prof. A. Alatorre, propone "hiperresponsables".

res de cabeza que no se curaban con frascos enteros de Migral; diarreas, el hígado reventaba; noches de insomnio; recibir la luz del día sin haber pegado un ojo; transpiración; dolor de espalda, como si hacer una frase equivaliera a cargar cien bolsas de plomo. Fue como poner en juego potencias de vida que son también potencias de muerte. Como e: y dios cubano, Elegua que es de origen africano, que en la cara tiene la vida y en la nuca la muerte. El resultado es que la esperanza nace con violentos dolores de parto. Los personajes son la suma de hombres y mujeres que yo quise mucho. Es la manera que encontré para que sigan estando. Escribir es un acto de amor y de guerra.\*

Se impone una observación: ese proceso "tan normal" de que habla Freud es aquí un proceso terriblemente dramático. A los "violentos dolores de parto" han precedido las angustias de la concepción, los sufrimientos de la gestación, el torturante deseo/temor del aborto. También en la esfera biológica, al lado de madres para las cuales la preñez y el parto son un proceso muy tranquilo —"¡tan normal!"—, hay otras para las cuales son un conflicto terrible.

Preconcepción, concepción, gestación están cargadas de ambivalencia. De ahí el conflicto. ¿Por qué se "hace" un hijo? ¿Por qué se "hace" una obra? Por la compulsión a la repetición, podríamos contestar. Y, si extendemos la mirada, por todas partes veremos actuaciones compulsivas, arrastradas unas por otras, predeterminadas de hecho las unas por las otras. El "acting out" es como una danza interminable, la gran danza mímica de la interrogación humana. Y cada poeta que quiere sintetizar a la humanidad en una frase se une a su vez a la danza. Cada paso de esta danza tiene su significado: "¿Será así?", "¡Ay, lo hice mal!", "Pudo haber sido de otra manera", "¿Aminaré la próxima vez?", y así hasta el infinito.

¿No habrá manera de detener la danza?

En la génesis de las acciones humanas, en su proceso, en sus motivaciones, en su destino, en sus posibles modificaciones y reparaciones hay algo. Tiene que haberlo. Y ¿qué es ese algo? Nos lo dice el gran William James cuando, al agradecer el homenaje jubilar de sus discípulos de Harvard y al echar una mirada sobre su propia carrera, su propia cadena de acciones, "toda una vida y toda una obra", confiesa sorprendentemente haber descubierto "lo más fundamental de la psicología: la necesidad de ser apreciado" (*the need to be appreciated*).

Y aquí las interrogaciones se agolpan: ¿cuánto aprecio se necesita?

\* "Diorama de la Cultura" de Excelsior, México, Mayo 9. de 1976.

¿De quién se pide aprecio? ¿Durante cuánto tiempo o con qué frecuencia? O sea, para radicalizar la interrogación reduciéndola a la biología humana: ¿en qué medida fue apreciado (o indeseado) el ser humano por quienes lo engendraron? Tal es el núcleo que yo propongo para la indagación, en análisis profundo, de eso que es la procreación (obra/hijo), con sus problemas, sus imposibilidades, sus abortos.

La humanidad está llena de incompatibilidades y de paradojas. Por eso la gran interrogación asume a menudo el tono de reto, de la protesta o de la denuncia. El *hippie* drogadicto, andrajoso, maloliente, que se exhibe dormido en una plaza o en la escalinata de un templo, vestido de mezclilla (el uniforme de la pobreza), ¿qué otra cosa hace sino proclamar que fue concebido de manera turbia y prematura, que fue gestado sin gusto, y que fue abandonado lo antes posible? Psicológicamente, el no deseado es un aborto. El *hippie* invoca el *flower power*, pero muere aplastado o suicidándose. Al proclamar algo que *no fue* (porque él no fue querido), está denunciando a todos los que engendran sin amar y a todos los que abandonan sin guiar. Su contribución a la vida es una protesta; pero, fruto como es él de un fraude afectivo, su propia vida de protesta resulta fraudulenta. La muerte del *hippie* es estéril y anónima porque así fue su concepción.

Ese *hippie* fue un niño. Y el niño, con su percepción inconsciente, es el arqueólogo y el mitólogo por excelencia de las intenciones nunca confesadas de sus progenitores. La percepción infantil es de tal manera profunda (y por lo tanto valiosa) que el detalle aparentemente más insignificante puede resultar allí más esclarecedor que las más sesudas especulaciones. ¿Quién ignora la fuerza reveladora que puede tener un trivial *lapsus linguae*, un trivial sueño, o un trivial detalle dentro de un sueño? El niño es quien mejor percibe esa clase de "trivialidades". Y, como es el más vulnerable, también lo incorpora todo para luego repetirlo. Iván Lemnoff, crítico de arte citado por Freud, se concentraba en el escrutinio de los detalles y no en la concepción global. Los detalles son el elemento más útil para la reconstrucción.

Veamos un caso. Paciente de 17 años, maníaca, promiscua, indisciplinante. Brillante y desafiadora, combina arrebatos impulsivos con destellos de sofisticada cultura. Está confusa, cansada y asustada, pero la iniciación del tratamiento la calma. Pasadas unas pocas semanas, reincide en su anterior patrón de conducta: conoce a un hombre y queda embarazada. Diciéndose presionada por el amante, aborta un mes más tarde. A los tres meses de iniciado abandona el tratamiento.

## Creación biológica y creación artística: crear para indagar, reconstruir y reparar \*

Dr. Luis Féder

La actividad artística creadora es, para Freud, la expresión de un proceso perfectamente normal. Esta comunicación intenta demostrar que es tan normal como el proceso biológico de la procreación. De hecho, el proceso biológico sirve de motor, de modelo y de estructura al proceso artístico. Son, en su sentido profundo, *la misma cosa*.

Los propios artistas suelen darse cuenta de eso. "En esa sinfonía he volcado mi ser interior...". "Esa pintura me ha salido de las entrañas...". "Escribo con las tripas...". son expresiones que más o menos todos hemos leído. Voy a reproducir una de ellas. Dice el uruguayo Eduardo Galeano, hablando de su novela *La Canción de Nosotros*:

Escribo o reviento. Esta es una novela que o yo la escribía o esos pedazos de vidrio que tenía adentro, esos pedazos del espejo roto de nuestra identidad hecha pedazos, iban a terminar por liquidarme. Escribir es una manera de sobrevivir, pero es una manera muy solidaria de sobrevivir, por lo menos en mi caso, porque yo escribo para los demás y ésa es mi manera de hacer sobrevivir a los otros.

Es mi modo de pelear contra la muerte de la gente que quise y ya no está. Me costó mucho hacerla. Hubo capítulos que escribí a costa de dolo.

\* Presentado en el XVI Congreso Nacional de Psicoanálisis, México, Noviembre de 1976.